

CLAUDIO ORREGO VICUÑA

APUNTES ACERCA DE LA DIALECTICA DEMOCRACIA-AUTORITARISMO

EN AMERICA LATINA

Documento de trabajo para la discusión del "Grupo Aconcagua" en su reunión de trabajo en Paipa, Colombia.

Se entregará una versión definitiva después del debate sobre este documento preliminar.

SANTIAGO, Octubre de 1977

www.archivopatriaywin.cl

No deja de ser sorprendente el rápido agotamiento que demuestran en el continente latinoamericano los regímenes militares autoritarios. Ante la crisis de las democracias inestables y frágiles, los militares asumen la función política en medio de ambientes de expectación y de esperanza para muchos. Parecera que con cada uno de ellos se estaría en presencia de la solución definitiva; de aquella tan largamente esperada para alcanzar un orden estable, la eficiencia necesaria y el consenso que todos añoran en su ausencia.

Sin embargo, a muy poco andar, la evidencia señala que el autoritarismo militar no ha sido respuesta para ninguna de esas expectativas. Ni el orden se hace estable y necesita mantener una dosis de coerción superior a lo que la conciencia política permite, ni la eficiencia se convierte en norma de la administración del Estado y el consenso parece alejarse cada vez más.

Entonces se inicia el proceso de retorno a las instituciones democráticas. Los militares, desmoralizados sino divididos, se preparan para volver a los cuarteles y entregarles a los civiles el cumplimiento de la tarea que ellos no lograron realizar.

En el presente, vivimos una de esas etapas de retorno. En consecuencia, bien vale la pena iniciar algunas reflexiones sobre el tema. En su doble vertiente real, por cierto. Por un lado las deficiencias del sistema político democrático que periódicamente llevan a la intervención militar en política; por otro, la incapacidad de los militares para cumplir la tarea a que se sienten llamados en cada crisis.

Ambos son un polo de una dialéctica. Entenderlo así es la única forma de sacar el debate del campo demonológico y cen-

trarlo en un análisis más objetivo y conducente de los hechos y los procesos.

### 1.- La Debilidad de las Democracias

De los actuales regímenes autoritarios del continente, tan sólo el boliviano de Banzer no surgió como una respuesta a la crisis política de la democracia. En Uruguay, en Argentina, en Brasil, en Perú, en Ecuador y en Chile, los militares entraron a reemplazar a un Presidente constitucional, elegido democráticamente. Tomemos nota del hecho, sin entrar en mayores disquisiciones, como algo significativo. Particularmente si se tiene en consideración la solidez clásica de las democracias chilena y uruguaya y el impresionante esfuerzo de sostenimiento democrático de la clase política argentina para evitar el desplome del régimen peronista.

También puede decirse que en el caso de Perú y Ecuador -sociedades menos modernas- los golpes militares tuvieron motivaciones más bien clásicas en su relación con el poder civil. En un caso se trató de la insustancial demagogia de viejos caudillos y en la otra de una acusación de corrupción en medio de una crisis de inmovilismo político. Por esta razón no incurriremos mayormente en estos regímenes.

En el caso de los países con proceso de modernización más avanzado, las raíces son de otra índole y responden a ese estado de desarrollo: la pretorianización de las masas en un contexto de alta movilidad social y la aparición de la violencia política en los grupos juveniles de clase media.

En esas circunstancias, no tiene sentido asilarse en la retórica moralista de culpar de todo "al gorilismo", a los "usur

padores del poder constitucional", a las "transnacionales aliadas con las burguesías nacionales" y a la "CIA". La intervención militar sale del reino de lo "intrínsecamente perverso" y pasa a formar parte de las realidades políticas explicables.

Amar la democracia y luchar por ella, no impide ser lúcido en reconocer sus fallas y debilidades. Mas bien, suponen hacer ese esfuerzo para hacerla viable en las presentes condiciones históricas.

Es materia de consenso entre los científicos políticos de que la existencia de un orden político es un pre-requisito indispensable de cualquier régimen de gobierno. El rechazo del vacío y del caos político es algo propio de todas las sociedades. Como bien dice Huntington, "el problema principal no es la libertad, sino la creación de un orden público legítimo. Puede haber orden sin libertad, por supuesto, pero no libertad sin orden. La vigencia de la autoridad es previa a su limitación y precisamente es la autoridad la que escasea en esos países; sus gobiernos se encuentran a la merced de intelectuales alienados, coroneles estrepitosos y estudiantes revoltosos" (1).

Por esta razón, cuando los gobiernos son desbordados por fuerzas sociales y políticas más allá de todo control, dispuestas a disputarse el botín del ingreso nacional por cualquier medio e, incapaces de llegar a ningún tipo de transacción o acuerdo con las demás fuerzas de la sociedad, la democracia, inevitablemente, entra en su plano inclinado.

Es la hora en que los conflictos se hacen salvajes. Todos contra todos y, por lo general, todos contra la autoridad. La

=====

(1) Samuel P. Huntington. "El Orden Político en las Sociedades en Cambio". Editorial Paidós. Buenos Aires, 1971. Pág.19.

mediación política es reemplazada por la confrontación directa entre los grupos y la ley pasa a ser una estructura formal que nadie está dispuesto a respetar si tiene la fuerza necesaria para ello.

A partir de un cierto momento esa pretorianización adquiere dos connotaciones manifiestas: la ruptura del consenso acerca del orden político y su legitimidad y la expresión de la violencia, tanto en su versión del desorden callejero como del crimen político.

Históricamente, ese proceso desbocado comienza a generar pánico en las clases medias, ligadas más que cualquier otro grupo al orden social para mantener su status social y su nivel de vida.

Los mecanismos de defensa de la sociedad comienzan a ponerse en marcha para detener el vértigo del caos. Se comienza a mirar a los militares como única fuerza que dispone de la capacidad de restaurar el orden.

Si se hace un poco de historia -y bueno sería hacer la historia de este fenómeno- se ve que ese mecanismo se aplicó, casi deterministamente, en las sociedades que hoy viven dichos regímenes militares autoritarios.

En Brasil, el populismo de Goulart se entremezclaba con las "ligas camponesas" del Nordeste, con la radicalización izquierdista de la juventud católica que clamaba por la revolución "con acelerador a fondo", con los primeros síntomas de guerrilla urbana y con la manifestación de los sargentos. El Gobierno desbordado, trataba de contemporizar con todos y no satisfacía a ninguno, mientras los problemas y las tensiones se agravaban.

En Uruguay, los conflictos laborales estaban fuera de control, los tupamaros ejercían su violencia masivamente, mientras desde la izquierda se denunciaba la democracia como un engaño y una mistificación. El país, resultaba incapaz de enderezar su economía, en grave crisis, debido al conflicto pretoriano de todas sus fuerzas sociales.

En Chile, la situación tiene los mismos rasgos. La crisis de la legalidad en los procesos de expropiación, las tomas, el conflicto pretoriano de los gremios de clase media que se hacían justicia con sus propios paros, los enfrentamientos políticos en las calles, los paros y los anti-paros, la violencia verbal y psicológica, la amenaza de la violencia real y, por último, los complots contra las FF.AA., eran los síntomas de un grave deterioro político.

En Argentina, la violencia se privatizó más allá de todo lo imaginable y el crimen político -de derecha y de izquierda- se hizo normal, la incapacidad del peronismo para contener las demandas de los sindicatos, la anarquización de los movimientos sociales y de la administración del Estado, el desajuste de los ingresos medios provocados por la inflación descontrolada, fueron también minando seriamente el cuadro político.

Podría hacerse un cuadro exhaustivo de estas cuatro experiencias históricas y se descubriría que las semejanzas son aun mucho más impresionantes en el detalle.

De estas experiencias es posible concluir que hay una cierta relación causal entre el desbordamiento de la autoridad por parte de las fuerzas sociales, el recurso a la violencia y a la ilegalidad y la irrupción de los militares en política. No es simplemente un problema de "infidelidad democrática" de los sec

tores castrenses o de un exceso de gorilismo en nuestras sociedades. Hay problemas objetivos que deben ser considerados como reales y decisivos en estos fenómenos.

Los procesos de modernización traen consigo un importante aumento de la participación política y social. Nuevos actores se incorporan al sistema con demandas por satisfacer. Si el sistema político resulta incapaz de asimilarlos eficazmente, la crisis se hace inevitable.

Eso significa, concretamente, que el gran desafío de las democracias en los países latinoamericanos está en cómo hacer compatibles los niveles necesarios de participación con la autoridad que sostenga el orden político y social.

Autoridad y participación no pueden ser dos realidades antitéticas como han parecido serlo en nuestras sociedades. Deben ser dos elementos unidos y complementarios en la existencia misma del orden político. Privilegiar uno de ellos en desmedro del otro, lleva necesariamente a situaciones de estancamiento o de crisis.

Cuando el énfasis está en la participación con detrimento de la autoridad, estamos en presencia de la crisis de la democracia.

Cuando el énfasis es en la autoridad con exclusión de las formas participativas, estamos en presencia de la crisis de los autoritarismos.

Ello nada tiene que ver, por cierto, con formas de maquillaje autoritario o totalitario, con que se pretende sortear la conciencia democrática del mundo contemporáneo con el fin de man

tener formas dictatoriales disfrazadas. Ni "democracias autoritarias", ni "democracias populares" son respuestas serias que resuelven el equilibrio dialéctico que proponemos.

Se trata de que la autoridad sea fuerte, pero esencialmente, democrática. También se trata de que la participación sea real, pero no pretoriana y, por lo tanto, compatible con un orden político legítimo.

Para que esto resulte posible en la América Latina de hoy, entre los muchos esfuerzos que exige el nacimiento de una nueva legitimidad del orden político democrático, resalta con particular intensidad el sub-desarrollo tecnológico e instrumental de la función política.

Mientras todas las formas de asociación social o de organización económica han ido desarrollándose a la par de la civilización, tan sólo la función política permanece en su estadio artesanal.

Los procesos de toma de decisión, de comunicación, de información y de organización están muy por debajo de los límites mínimos que se exigiría en una empresa comercial o inclusive en un sindicato moderno. Entre los ejemplos podemos citar los siguientes:

a.- El papel desinformado de los Parlamentos, que en ningún país han logrado crear equipos técnicos de asesoramiento o mecanismos de información siquiera comparables con los de cualquier poder privado de mediana envergadura. Ello hace que, en definitiva, el carácter supraestructural de la función propiamente política tienda a acentuarse.

b.- El mismo fenómeno se presenta, con importantes semejanzas, en el ámbito de las organizaciones partidarias. Sus mecanismos de información objetivos son más que insuficientes; sus cuadros técnicos lejos de la dedicación y el profesionalismo que se exigen hoy día; sus mecanismos de toma de decisión demasiado informales y subjetivos. Tal vez tan sólo en el ámbito de la propaganda electoral se ha avanzado en alguna forma más consistente, pero, tan sólo en el caso de los partidos más modernos. Por último, no siempre la democracia interna está bien garantizada y el peso de ciertos grupos de poder o de fuerzas caudillistas prevalecen en forma desproporcionada.

c.- La extrema sobre-ideologización del debate político en prácticamente todos los países del continente. Pablo Capanna y Marcelo Monserrat en un muy interesante artículo señalan: "En todos los campos, tanto en los más aparentemente neutros -la investigación científico-tecnológica, por ejemplo- como en la filosofía, las ciencias humanas y la crítica literaria cundió una atmósfera de sospecha y desconfianza. Paulatinamente, la pregunta sobre la verdad fue reemplazada por la inquisición de los móviles de quien la enunciaba. El pensamiento quedó así reducido a un mero reflejo de sus condicionantes psicológicos, económicos, políticos o sociales" (2).

En resumen, descubrir la verdad resulta imposible porque ella deja de ser objetiva: depende de quién la enuncia. El debate se subjetiviza. Y así un conservador no puede concebir correctamente ningún problema de la sociedad, para el punto de vista de un izquierdista. Y cualquier proposición de izquierda

=====

(2) In "Pensar de la República". Fundación Piñero Pacheco. Editorial Persona a Persona S.A. Buenos Aires, 1977. Pág. 35.

aparecerá recargada de las peores intenciones "intrínsecamente perversas" para un hombre de derecha.

No hay, muchas veces, punto de encuentro posible para las personas y los grupos en un mundo de categorías intelectuales asentadas "definitivamente", para todos los lugares y tiempos.

d.- La falta de mediación adecuada de los intereses sociales, por falta de mecanismos y prácticas adecuadas de participación.

El mundo político, objetivamente, ha sido generalmente incapaz de distinguir los intereses en conflicto, en su realidad, y de armonizarlos en un proyecto socio-político global. Por esta razón, la tendencia a la pretorianización de los grupos de intereses que se sienten excluidos de las instancias de decisión política, se acentúa y se estimula.

En sociedades complejas, la instancia política no puede hacer abstracción de los demás sectores componentes de la realidad social y del cuadro de poder objetivo.

En resumen, estamos en presencia de un desafío particularmente novedoso: ya no se trata, como en el pasado, de crear simples Estados democráticos que se sostenían en "el peso de la noche"; se trata de construir sociedades democráticas que hagan viable un orden político legítimo.

El futuro democrático del continente pasa por ese tipo de definiciones y correctivos. Todo intento de reconstruir viejos templos caídos, resultará inconducente para la creación de un orden político estable.

Las nuevas democracias deben responder a las exigencias de los niveles de desarrollo y modernización de cada país. No es posible, ya mas, la coronación de sociedades semi-modernas con órdenes políticos que se mantiene incólumes desde hace cien años.

Tampoco es posible, que el orden político responda tan sólo a las exigencias normativas del Derecho. No podrán haber dos sistemas iguales en países bajo diferentes condiciones de evolución social, económica y cultural. Las "constituciones napoleónicas" de aplicación universal deben ceder paso a nuevas formas de creatividad adecuadas a cada cuerpo social como un traje hecho a medida.

Es necesario modernizar la democracia como forma de organización política para impedir el pretorianismo y por lo tanto para permitir que tanto los ciudadanos como los grupos sociales encuentren en el orden político los mecanismos necesarios para hacer presente sus intereses y para que este los arbitre con equidad y eficacia. El retorno a la democracia no pasa simplemente por "LA RESTAURACION". Pasa por la creación de un "NUEVO ORDEN POLITICO LEGITIMO".

Esa parece ser la diferencia más evidente y esencial que tiene la presente crisis democrática del continente latinoamericano en comparación con aquellas que fueron surgiendo en el pasado de la lenta y trágica sucesión rotativa de dictaduras y regímenes constitucionales.

## 2.- El Fracaso de los Autoritarismos Militares

Ya vimos que, de alguna forma, los regímenes militares autoritarios nacen como una reacción ante la pretorianización de

las masas. En consecuencia, una de las primeras decisiones que toman desde el poder es la de cortar los canales normales de participación, como forma de "imponer el orden".

Allí comienzan sus dificultades y el inicio de su camino sin salida. La opción inicial -marcada por el signo de su intervención en la política- lleva indefectiblemente a aislarlos de las masas y por lo tanto, a generar tensiones graves.

Puede decirse que la intervención autoritaria es por lo general, en defensa de las clases medias aterrorizadas por el desorden. Pero en la práctica terminan siendo en favor de los grupos de mayores ingresos y más conservadores. Al final, los regímenes militares terminan por ser terriblemente reaccionarios en aquellas sociedades donde se cuenta con un nivel de modernización adecuado.

Las clases medias suelen estar poco estructuradas socialmente y su movilización es alta tan sólo en casos de extremo conflicto. Por decirlo así, sólo actúan masivamente cuando ven amenazada su existencia. Por lo tanto, los gremios de la pequeña y mediana burguesía industrial, agrícola, comercial o burocrática, carecen del poder y de la capacidad de acción de los de otros sectores. No son, entonces, bases de sustentación sólidas y dinámicas para un régimen político.

No ocurre así, por lo general, con los gremios representativos de los sectores del gran capital financiero, industrial, agrícola y comercial. Dependientes, por muchos motivos, del poder de decisión del Estado y de sus políticas públicas, han ido desarrollando una gran eficacia como grupos de presión. Son permanentes, modernos y bien entrenados en la tarea de abrir paso a los intereses que representan.

Las otras fuerzas sociales que disponen de tales instrumentos son las organizaciones de obreros y empleados y los grupos políticos y culturales más ligados a las clases medias. Pero ellos, por definición, son descartados de su relación con el régimen autoritario. Son parte del objetivo de "limpieza" que el movimiento militar busca.

Resulta sorprendente y divertido, ver como los militares al llegar al poder asumen su rol en forma parecida. Sus declaraciones solemnes, los objetivos explicitados de su acción, los enemigos que definen, son, por lo general, estrictamente similares. Perfectamente podrían intercambiarse las proclamas de los militares argentinos, uruguayos, chilenos y brasileños, sin que nadie pudiera distinguir a priori de cual país se trataba; así de parecidas resultan.

Queda así cerrado el silogismo: si los partidos políticos y los sindicatos obreros son excluidos por definición por su papel de protagonistas privilegiados "del antiguo orden" derrocado; si los gremios de clase media tienen escasa significación social y escasa capacidad de movilización; no cabe sino concluir que los militares terminarán enredados con los sectores más conservadores de la sociedad.

Los cuales, a su vez, aprovechan la ocasión que les permite llenar un espacio social y político que ningún régimen electoral o de participación les permitiría. Los grupos condenados a ser minorías, terminan viéndose convertidos, sin ningún esfuerzo, en "mayorías absolutas".

Pero eso que representa la primera victoria de los sectores conservadores, es también la primera derrota de los grupos militares.

A partir de ese fenómeno comienza históricamente su desgarramiento interno, producto de la tensión entre la visión que ellos tienen de su papel en la sociedad y las exigencias que les va imponiendo la lógica de su rol político. Comienza a perfilarse así, con mayor o menor intensidad, la división entre los "blandos" y los "duros" al interior de las FF.AA.

La lógica de los hechos, a partir de la observación histórica, es bastante clara y consistente.

Los militares tienen una profesión de carácter global en relación a la sociedad. Su deber primordial es defenderla en tanto "comunidad nacional". Por eso ellos se ven a sí mismos por encima de las diferencias de grupos. Se consideran la antítesis de un "partido" que, por definición, implica una segmentación ideológica y de intereses en el seno de la sociedad.

Para un militar, el valor máximo es la nación como un todo. En ningún caso uno de sus grupos en relación excluyente de los demás. La noción de la política como legítima competencia de intereses contrapuestos, les parece un empequeñecimiento de la nación como cuerpo social único y sujeto de todos los honores, adhesiones y sacrificios posibles y necesarios.

Sin embargo, no bien asume su función política debe comenzar a privilegiar unos intereses en detrimento de otros. Debe encontrar ciertas alianzas en contra de sus adversarios. Debe optar entre caminos alternativos para el empleo de recursos escasos, en todos los planos del quehacer del Estado.

En resumen, al ingresar a la política deben asumir la lógica de esta. Por esa razón dejan de ser "totalidad globalizante" al servicio de la Patria, y pasan a ser una parcialidad político-social; son un grupo más dentro del conflicto social.

Y así, mientras están al servicio de toda la sociedad, gozan del apoyo y del prestigio de todos, cuando optan políticamente reciben el de unos y no el de otros. Y como vimos que las intervenciones en América Latina han sido históricamente anti-participativas, se deduce que terminan recibiendo el apoyo de los conservadores alienándose a los moderados y a los izquierdistas; recibiendo el apoyo de los ricos y no de los pobres o las clases medias; ganando la popularidad entre los menos y perdiéndola entre los más.

Inevitablemente, una situación como esa provoca un fuerte desgaste al interior de la institución militar. También terminan por cerrar toda posibilidad de éxito a sus gobiernos por falta de apoyo político y social suficiente en el desarrollo de sus políticas.

En el caso de las políticas anti-participativas que estudiamos, los efectos de ellas son muy serios porque apuntan al deterioro del tejido social, única base posible para el desarrollo de formas políticas orgánicas y de un orden político estable. Así, también, representan formas muy peligrosas de deterioro del desarrollo global de esas sociedades, armando nuevos bolsones de marginalidad y desarticulando los valores que dieron origen a la movilización social.

El hecho de que un movimiento social se pretorianice no signifique que su existencia sea un defecto en sí misma. Por el contrario, el nacimiento de un movimiento social amplio y participante es un síntoma de la modernización de una sociedad. Por esta razón, los valores subyacentes a él son parte de la positiva evolución y crecimiento de una sociedad.

La anti-participación autoritaria -condenada a una alianza con los grupos conservadores y tecnocráticos- tiende por

lo tanto a dañar lo legítimo y positivo del desarrollo social de un país. Razón más que importante para comprender las tensiones que ello va creando entre las Fuerzas Armadas.

Samuel Huntington en su iluminador análisis, describe en términos generales el fenómeno, de manera que vale la pena citarlo. "A medida que la sociedad cambia, también cambian los militares. En el mundo de la oligarquía el soldado es un radical; en el de la clase media es un participante y un árbitro; a medida que comienza a erguirse en el horizonte la sociedad de masas, se convierte en el guardián conservador del orden existente. Así paradójica pero comprensiblemente, cuanto más atrasada es una sociedad, más progresista resulta el papel de su ejército; cuanto más avanzada, más conservador y reaccionario se vuelve este". Y agrega, "Se convierten en guardianes del orden de clase media vigente. En cierto sentido, pues, son los porteros de la expansión de la participación política en la sociedad pretoriana: su papel histórico consiste en abrir la puerta a la clase media y cerrarla a la baja". (3)

Ese cuadro general se ve comprobado en la historia de la América Latina moderna. Y así en sociedades con un orden muy conservador y oligárquico como el Perú y el Ecuador, los regímenes autoritarios han sido modernizadores y con aperturas importantes hacia los grupos de clase media emergente, como de alguna forma, también, a las masas marginadas. En los otros cuatro casos, tratándose de sociedades más modernas, el fenómeno ha sido sustancialmente conservador.

Ello nos explica el por qué del carácter de estos regímenes. Pero siguiendo el mismo razonamiento nos explica el por qué de sus fracasos.

=====

(3) S.P. Huntington. Op. cit. Págs. 200-201.

¿Es posible ser radicalmente anti-participativo en una sociedad de alta escolaridad, de educación superior masiva, de medios de comunicación de masas, de fuerzas políticas históricamente arraigadas, de Iglesias humanistas? De poderse se puede. Pero el precio de ello es el recurso al terror y a la coerción en forma sostenida y generalizada. ¿Están los militares de América Latina en condiciones de pagar esos precios?

¿Puede hacerse política de élites y marginar a las masas, en sociedades que por definición viven un proceso de masificación acelerada? También en teoría se puede responder afirmativamente; pero también al precio de políticas tan inhumanas que resulten intolerables para una conciencia civilizada.

También cabe preguntarse hasta donde resulta compatible la defensa de los sectores más conservadores -social y culturalmente- con las exigencias de progreso en un mundo en proceso de transformación permanente y acelerada. ¿Es la tecnocracia una respuesta lo suficientemente global como para enfrentar la creciente interdependencia de las variables económicas, sociales, políticas, culturales, psicológicas y, en último término, planetarias?

La única experiencia aparentemente exitosa de sacar adelante un intento de esa naturaleza es la del totalitarismo comunista. Sin embargo, los síntomas de agotamiento que ya traslucen son una buena prueba de que su éxito ha sido más que relativo. Todo ello, a pesar de la aplicación sostenida e implacable de los métodos más barbaros e inhumanos del siglo XX.

Por esta razón, los regímenes autoritarios anti-participativos comienzan a demostrar signos de cansancio y agotamiento al poco tiempo de su aplicación. La conquista del "orden perfecto" no pasa más allá de una consigna de panegiristas; el "hombre nuevo" libre de las contaminaciones del orden democrá

tico se desmorona bajo el fracaso, cuando no de la corrupción; la sociedad "perfectamente eficiente" no logra resolver los problemas del pasado y agrega su propia cuota de dificultades sin respuesta.

La vieja sociedad que se pretendió cambiar con la fuerza y la propaganda comienza a dar síntomas manifiestos de su existencia y busca mecanismos para que todos sus miembros tengan acceso a la vida colectiva y para que los valores culturalmente más vivos, encuentren su espacio de expresión.

Sin embargo, el proceso de exclusión de las mayorías, el recurso a la violencia, el intento de destruir conquistas sociales apreciadas, la propaganda de valores que no encuentran eco, son precios que la sociedad ha pagado y que deben agregarse, penosamente, al déficit histórico de cada una de ellas.

En consecuencia, el proceso de reconstrucción democrática debe iniciarse por sobre nuevas pasiones, nuevos resentimientos y odios, nuevas presiones por satisfacer demandas acumuladas. La tarea democrática para construir un orden legítimo se ve dificultada por la aparición de variables estrechamente ligadas al mero hecho de la existencia histórica de un régimen autoritario militar como los que hemos descrito.

### 3.- El Difícil Punto de Partida de los Demócratas

Ya vimos, en el punto primero de este análisis, los desafíos que por sí mismo plantea el orden democrático en países de modernización avanzada. A estos debemos agregar las exigencias propias de un período post-autoritario.

El sustrato común a este desafío continental es la tarea de crear nuevas formas de legitimidad democrática. Es fácil enunciar el cometido, pero su realización pasa por todas las dificultades del mundo político. Sin embargo, no debiera haber duda que no basta el simple retorno del poder a manos civiles; ni la simple dictación de constituciones republicanas avanzadas; ni el irrestricto respeto a los derechos humanos.

Por cierto que un debate de esta naturaleza no pasa, tampoco, por un apasionado debate ideológico: ¿capitalismo, socialismo o comunitarismo? ¿Dependencia o independencia anti-imperialista? ¿Reforma y revolución?

La creación de un orden político legítimo implica la capacidad que de él tengan de encontrarse -en aspectos fundamentales- todos los grupos de cada sociedad que tengan importancia o poder y de los cuales no sea posible prescindir.

En ese cuadro, los demócratas deben encontrar respuestas políticas a muchos problemas. Pero en lo principal a algunos que en el pasado no se presentaron con la fuerza y tenacidad del presente.

a.- La sobre-simplificación del ideal social parece ser un fenómeno recurrente del debate intelectual contemporáneo. La tendencia fácil a encontrar uni-causalidades de los problemas colectivos que, por cierto, tienen también respuestas simples.

Muchos parecen poner tantas esperanzas escatológicas en la mantención de los militares en el poder, como otros en su retorno a los cuarteles. Y así, sucesivamente, nuestras sociedades están bollantes de curanderos políticos que han descubierto el unguento mágico capaz de remediar los problemas de su tiempo.

Los regímenes autoritarios son verdaderos "propaladores ambivalentes" de dicha sobre-simplificación. El orden, el fin de la "politiquería", "la disciplina", el "ahorro y el mercado", la "competencia y la desprotección industrial", el "patriotismo y la honradez", son los nuevos fantasmas que pueblan las estancadas imaginaciones burguesas.

En un mundo de complejidades crecientes y dilemas morales desgarradores se produce una verdadera polución intelectual que tiene vertientes de derecha y de izquierda. Ambas tratando de alejar a las sociedades de todo esfuerzo racional y serio por entender sus problemas y resolverlos, en términos de lo posible.

Quienes vivimos bajo regímenes autoritarios, hemos sufrido este fenómeno hasta el límite del bochorno. También somos testigos como ello va convirtiéndose en el madero de ahogados de amplios sectores burgueses.

b.- La tentación de la fuerza como precedente, no deja de ser otro problema sustantivo.

Tanto el extremista de izquierda que se aliena a la idea de que si su recurso a la violencia hubiera sido más decidido, el curso de los hechos hubiera sido diferente, como el "duro" de derecha se culpa de su fracaso a la "blandura" de sus pares que impidió el exterminio total de los enemigos, son fuerzas vivas inmunes a la experiencia histórica.

Y así, cada extremo del espectro político vivirá rumiando las "debilidades" que hicieron imposible la "solución total" y el fin "irreversible" de los enemigos de antaño.

Un fenómeno de esta naturaleza, debe ser entendido -para comprender su gravedad- en un mundo de violencia privatizada. No debemos olvidar que el moderno desarrollo en gran escala de esta forma de violencia. Un simple loco con una pistola puede raptarse trescientas personas en un avión, crear los problemas psicológicos más serios a toda una sociedad, provocar conflictos internacionales y pérdidas de cientos de miles de dólares. Un puñado de locos pueden tener bajo terror a una ciudad de millones de habitantes mediante el terrorismo y el crimen político. Por último, una pequeña porción del cuerpo social, altamente tecnificada (las FF.AA.) pueden someter al terror y al despotismo a una nación completa.

La violencia es hoy el terreno privilegiado para infra-minorías que pueden arrinconar y aterrorizar a muchedumbres completas. Generando, por cierto, las respuestas correspondientes en materia de odio, irracionalidad y contra-violencia.

La violencia, parece ser la peste más contagiosa que amenaza el siglo XX.

Inevitablemente, un régimen que genera violencia o que se enfrenta a ella en términos también violentos -y extra jurídicos- termina por generar pasiones y odios en cadena. Esa es parte de la herencia que los demócratas reciben de los autoritarismos militares.

Recrear el consenso que haga posible un orden político legítimo implica una verdadera política de pacificación espiritual y social. También, la creación de mecanismos jurídicos y policiales que hagan imposible la proliferación de actos y actividades terroristas.

c.- Hay grupos que pierden su lealtad democrática en el proceso de pretorianización. Pero hay otros que lo pierden en el curso de la experiencia autoritaria. Son aquellos que internalizan las sobre-simplificaciones que llevan implícitas las intervenciones militares autoritarias.

Cuando el autoritarismo es modernizante, la burguesía y la oligarquía se atrincherarán en los valores democráticos más clásicos. El caso peruano actual es una prueba. También lo fué el de Perón en su primer período y el de Ibañez en Chile durante los años 20'.

Sin embargo, cuando la amenaza es el pretorianismo de masas, esos mismos sectores apuestan todas sus fichas al éxito "eterno" del régimen autoritario. Y el fenómeno no es banal, por cuanto dichos sectores han sido históricamente sustentadores del ideal democrático como expresión política.

Las mayorías moderadas e indefensas, las minorías oligárquicas amenazadas por la irrupción de las masas y los temperamentos naturalmente autoritarios tienen cada vez más una tentación anti-democrática, en la medida en que la irrupción de nuevos actores sociales trae aparejada riesgos y peligros para su status social o su nivel de vida.

Las futuras democracias de América Latina estarán amenazadas en forma sistemática por la deserción democrática de los grupos más acomodados.

Ello representa la permanente vigencia de una tentación golpista que vuelva a crear bases de un nuevo "milenio". Esta vez sin las "debilidades" del anterior.

En política, como en el sexo, cuando se pierde el pudor por la primera vez, se puede perder para siempre. Esa será la tentación anti-democrática de muchos sectores sociales que pusieron sus esperanzas en el desenfreno sin límites del poder, la fuerza y la violencia represiva.

Todos estos fenómenos se pueden llamar inéditos en la historia política del continente latinoamericano en que ha existido una tendencia permanente al orden democrático. Deben ser enfrentados, en consecuencia, con formas novedosas y originales.

La creación del nuevo consenso político que haga posible un orden institucional legítimo pasa por una renovada imaginación de los demócratas. Debe responder a los nuevos desafíos o seguirá siendo una romántica utopía destinada al fracaso.

El asunto dista de ser una tarea fácil puesto que pasa por definiciones morales y políticas profundamente desgarradoras. Para retomar el viejo léxico weberiano, nunca la tensión entre la moral de la convicción y la moral de la responsabilidad ha sido más aguda que en el presente.

Tanto el moralismo como el pragmatismo en sus grados extremos, están descartados por la complejidad de la civilización en que se inserta el orden político. También por la diversidad de presiones ideológicas y de poder que sobre él se ejercen.

Tal vez hoy como nunca, cabría hablar en América Latina del Humanismo Heroico de que nos hablara Maritain al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

d.- El nuevo papel de las Fuerzas Armadas en el orden político, es la última de las variables sobre las cuales quisiera llamar la atención.

Los "ghettos" militares ciertamente han demostrado ser el único camino inconducente. Las FF.AA. no pueden vivir aisladas en forma absoluta de la civilidad, ni tampoco pueden asumir la función de espectadoras en el desarrollo de una Nación de la cual ellas son delegatorias del monopolio del poder armado.

Se hace, pues, indispensable, romper el viejo esquema liberal de la separación, absolutamente jurídica, de las instituciones del Estado y aceptar un más realista enfoque sociológico acerca del papel y del poder que cada una de ellas representa. Las abstracciones jurídicas que prescindan de sus sustratos sociales, económicos o de civilización, terminan siempre por naufragar en los peores malos entendidos.

La vieja concepción de las Fuerzas Armadas como "esencialmente obedientes, disciplinadas y profesionales" no pierde su vigencia en relación al nuevo orden político legítimo. Pero hay que entender los límites de la obediencia y del profesionalismo en un contexto de participación y de conflicto en el cual dichos sectores no son necesariamente neutrales. En consecuencia no son conceptos absolutos, sino que deben ir encontrando su adecuación histórica, al tenor de los niveles de desarrollo y de los problemas de cada sociedad.

Lo único que razonablemente no se puede pretender es que las FF.AA., concientes de su poder y de su vocación, sean el único sector de la sociedad que sufra la absoluta discriminación de no poder hacer sentir su opinión sino en forma muy tímida y privada y tan sólo en cuanto se refiere a su rol más estrictamente profesional. En circunstancia que los sindicatos, los estudiantes, los empresarios, las Iglesias, los grupos culturales y todos los demás miembros del cuerpo social opinan sobre lo propio y lo general.

Tampoco se trata de hacer de las FF.AA. un grupo de presión más. El sólo hecho de disponer del monopolio del poder armado y de tener en sus manos la capacidad de destruir las vidas y los bienes, les impone limitaciones específicas. No es lo mismo, por cierto, el juicio de un sindicato en huelga que el poder de un regimiento sublevado. Ello debe ser tenido en cuenta tanto desde el punto de vista de los militares como de la sociedad.

Pero también debe entenderse que en una época de alta tecnología, la función militar no depende tan sólo del número potencial de soldados sobre las armas que muestren las estadísticas demográficas, ni de la cantidad de armamentos y transportes. Hay toda una serie de variables que también tienen relación con la eficiencia de la economía, con la habilidad de la política internacional, con el consenso y la paz social, con la calidad de la vida que impere en una sociedad determinada.

La falta de comprensión de esta realidad no sólo es problema de los grupos políticos democráticos. Las FF.AA. también deben comprender el enorme anacronismo de muchas de sus prácticas, estructuras y valores. Sin embargo, razonablemente, ello puede obtenerse con la ruptura del ghetto que separa la sociedad de los militares.

En todo caso, la evidencia indica que después de tanta experiencia fracasada y dolorosa, esta es un área de investigación y creación muy prioritaria. Así indica la realidad de todos los países modernos.